EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS.

EL DELIRIO.

DRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS.

MADRID,
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1855.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	V.deMartí é hijos
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Rico.
Badajoz.	Ordoña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	V. de Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Arellano.
Coruña.	Garcia Alvarez.
Cartagena.	Muñoz Garcia.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija.	Garcia.
Figueras.	Conte Lacoste.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Oñana.
Habana.	CharlainyFernz.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Idalgo.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Rixact.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Casilari.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Mateos.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Acebedo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Palacio.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	Barrena.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Marquez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Menoses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
S. Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca.	Huebra.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Aymat.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. de la Cruz.
Talavera.	Castro.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Hernaiz.
Vitoria.	Galindo.
Villanueva y Geltrú.	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Pintor.

[335:16]

EL DELIRIO,

DRAMA LÍRICO EN DOS ACTOS,

ARREGLADO NUEVAMENTE Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JOSÉ SANCHEZ Y ALBARRAN,

Y PUESTO EN MUSICA

POR EL MAESTRO D. LUIS CEPEDA.

Se estrenó con extraordinario éxito en el teatro de la Princesa de la ciudad de Valencia en Abril de 1855.

MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor núm. 9.
1855.

AL EMINENTE Y DISTINGUIDO ACTOR

DON JOSÉ VALERO,

Los Autores y Editores.

PERSONAS.	ACTORES.
EUGENIO (1).	Sr. Guerra.
FERNANDO..	Sr. Soler.
PEDRO.	Sr. Castelló.
JORGE.	Sr. Sanz.
MAD. VORMAR.	Sra. Rimbau.
CLARISA.	Sta. Villó (Doña Matilde).
MATILDE.	Sra. Mirambell.
ALDEANOS.	Coros de ambos sexos.

(1) Este personaje, que lo es el principal del drama, no canta.

La propiedad de esta zarzuela pertenece á los Directores de la Galeria lírico-dramática El Teatro, *y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.*

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el parque de la casa de campo de Mad. Volmar. A la izquierda se descubre un brazo de rio: á su orilla, unos cuantos sauces, y entre varios arbustos, profusion de rosas, formando un templete, que guarda una urna de mármol. Destrás un puentecillo de madera, que atraviesa el rio y guia al fondo, el cual será todo bosque. A la derecha un gran pabellon adornado con persianas, con cuatro escalones y barandal de mármol para subir á él. Al otro lado, y cerca del puente, una cabaña. Entre los últimos arbustos que coronan lo montuoso del bosque, se dibujan algunas pequeñas cabañas cubiertas de mimbre.

Ocupan la escena aldeanos y aldenas: las mujeres tejen coronas de rosas, y los hombres juegan y beben.

ESCENA PRIMERA.

ALDEANOS *de ambos sexos*, COROS. *Mucho movimiento en la escena de aldeanos que suben y bajan por la espesura del bosque.*

MUSICA.

COROS. Viva! viva! qué gran dia
Cuánta broma y diversion!
UNOS. Viva! viva!
OTROS. Corra el vino!

TODOS. Viva el placer y el amor!
COROS. Vierte el cielo su luz pura,
su perfume da la flor;
brinda el monte con su altura,
y el bosque con su espesura,
y el campo con su verdor.
Si señor.
Zagalas, venid,
venid en redor,
venid y cantemos
bailando á este son.
Zagala de la aldea,
no vivas sin amor,
mira que está muriendo
de pena tu pastor.
Tu pecho fué de piedra,
cruel tu corazon,
la muerte tú le diste
con responderle no.
TIPLES. No, no, no, no!
TODOS. Ay! al son del pandero,
del pandero al son,
pastores y zagalas
cantad nuestro amor.
TENORES. Si, si, pastoras.
TIPLES. No, no, no, no!
TODOS. Viva! viva! qué gran dia!
Cuánta broma y diversion!
Viva! viva! Corra el vino!
Viva el placer y el amor!

(*Momentos antes sale Mad. Volmar por el pabellon. Todos se descubren.*)

MAD. Basta, basta.
TODOS. La señora.
MAD. Dad treguas al regocijo,
y acordaos que hay quien sufre
y quien llora en estos sitios.
UNOS. Es verdad.
OTROS. Callad.
OTROS. Silencio.
MAD. Vuestra fiesta no os prohibo;
mas al pobre loco, en tanto,

no le entregueis al olvido.
Pobre Eugenio!

CORO. Si; es Eugenio!

MAD. Su delirio...

COROS. Su delirio...

MAD. Por doquiera le presenta
la prenda de su cariño.
Turbada su razon,
la mente loca, inquieta,
lo escita, le sujeta,
le mata el corazon.
Mas id, mis campesinos,
andad, mis labradores,
zagalas y pastores,
seguid vuestra cancion.
Y allá en el verde campo
cantad vuestra alegria,
que aqui la pena mia
no os robe esa ilusion.

UNOS. Marchemos.

OTROS. Si, marchemos.

TODOS. Que cese ya el rumor,
y dé nuestro cariño
respeto á su dolor.

MAD. Andad.

UNOS. Vamos.

OTROS. Silencio!

TODOS. Adios, señora, adios!

(*El coro se marcha por el foro atravesando algunos por el puentecillo.*)

ESCENA II.

MADAMA VOLMAR *y* PEDRO.

MAD. Por fin llegais!... Os aguardaba con la mayor impaciencia. Esos labradores no podian comprender mi tristeza.

PEDRO. Como hoy es dia de vuestro santo, todos los aldeanos han entrado en vuestro parque para saludaros.

MAD. Y vamos, qué resultado has conseguido de tus pesquisas?

PEDRO. Ninguno, señora.

MAD. Cómo!

PEDRO. A pesar mio, nada he podido descubrir.

MAD. Dios mio!

PEDRO. He visitado todas las aldeas comarcanas, todas las pobres cabañas y caserios que se estienden sobre los márgenes del rio, y todos sus moradores han enmudecido á mis reiteradas preguntas... ninguno ha visto á madama Clarisa.

MAD. Pobre hermana mia! Tu muerte tan solo será un triunfo mas para aquellos que te han conducido de un modo tan funesto hasta tu fin. Obligada á acompañar á su anciano padre en un penoso viaje á las Américas, dejó en Paris á su esposo Eugenio, dueño de una inmensa fortuna, para que alli pueda cuidar de la educacion de su hijo único, á quien idolatraba, y al mismo tiempo velar por los intereses que le prometia la ganancia de un pleito, pronto á fallarse en su favor. Paris! La ciudad de los placeres, arrebató á aquella madre y á aquella esposa cuanto existia para ella!... La existencia de su adorado hijo y el amor de su esposo! Si, buen Pedro! Cuando Clarisa volvió de su viaje, y pisó de nuevo las calles de la populosa y festiva Paris, todo lo habia perdido, y solo encontró luto y desesperacion... Esa, pues, le ha conducido á llevar á cabo su fatal intento.

PEDRO. Terrible verdad! Yo tambien pienso como vos, señora; porque en las palabras que vuestro hermano pronuncia en su delirio, se comprende muy bien su muerte. Cuando la fiebre se apodera de él, le oigo decir: «Ahogada! ahogada!...»

MAD. Pobre Clarisa!

PEDRO. Jamás se borrará de mi memoria la presencia de vuestro hermano en este sitio, cuando le trajeron fuera de sí, anegado en lágrimas, y con la carta de despedida de su esposa: entonces vos misma oisteis las misma polabras: «Ahogada! ahogada!...» Todos lloraban, señora... pero yo... yo lloraba sin esperanza de encontrarla.

MAD. Amigo mio, no abandones nunca á mi pobre hermano. Nosotros compartiremos con él los sufrimientos. El padre de Clarisa está en América..... su hijo ha muerto!... El destino en su venganza le arrebató este

supremo bien... ya no le resta mas que llanto y amargura. (*Un reló de torre dá la una*)

LOS DOS. La una!

PEDRO. Os dejo, señora, para cuidar del pobre loco.

MAD. Vé, amigo mio; te recomiendo el mayor cuidado.

PEDRO. Descuidad.

MAD. Sobre todo, amigo mio, cuando el reló marque las dos campanadas, hora funesta para mi pobre hermano. Su fiebre entonces es devoradoradora, y corre despavorido tras la sombra de su Clarisa, que supone hallar en la márgen del rio. Ah, buen Pedro! no lo desampares ni un solo instante, porque entonces es muy dèsgraciado!

PEDRO. Mi vida siempre por él, señora. (*Mad. Volmar se marcha por el pabellon. Salen Fernando y Jorge.*)

ESCENA III.

PEDRO, FERNANDO, JORGE.

PEDRO. Si, bienhechora mia: jamás Pedro abandonará al desgraciado Eugenio..... y ay del hombre infame que le condujo hasta su ruina! Ay del hombre cruel que ha sido causa de tantas desgracias y que ha labrado la desventura de una familia! La muerte seria poco castigo para el que...

FERN. Por Dios que estás despacio...

PEDRO. Ah!

FERN. Y no me encuentro con humor de esperar. Guia pronto, y anuncia á madama Volmar la llegada de una visita.

PEDRO. Yo, señor... debo...

FERN. Obedece.

PEDRO. No recibe á nadie la señora.

FERN. Eso se entenderá con los extraños ó con los extranjeros, pero no puede entenderse conmigo, que soy su primo, y que soy hijo predilecto de la seductora córte de Francia. Andad, imbécil, y anunciadle la llegada de su primo Fernando.

PEDRO. Voy, señor. (Oh! mal se conoce en tus sentimientos que perteneces á tan buena familia.) (*Se va.*)

ESCENA IV.

FERNANDO *y* JORGE.

FERN. Ya tardaba en llegar... Dos glorietas y una alameda de álamos. Aguardemos aqui.—Y tú qué haces sin cumplir lo que ya te he mandado?

JORGE. Como no me habeis dicho una palabra!...

FERN. Bribon!... (*Agitando el látigo.*)

JORGE. Señor, que soy Jorge!

FERN. Tienes razon: creí que estaba hablando aun con ese doméstico moralista.

JORGE. Nunca os equivocais á favor mio.

FERN. Qué quieres?... la costumbre...

JORGE. Pues es una costumbre que no me hace maldita la gracia.

FERN. Tú eres mi tirano, Jorge. Contínuamente estoy sufriendo tus observaciones, y mi látigo permanece quieto y sin agitarse.

JORGE. Ni aun el castigo me conmueve, porque ya tengo embotado el sentimiento.

FERN. Voy á convencerte y á probarte lo contrario de esa injuria de tí mismo. Toma mi caballo Alí; corre hasta la alqueria de Croasi, y tráeme noticias de aquella interesante desesperada... pero al instante!... Revienta el caballo, si fuere necesario.

JORGE. Cómo!

FERN. Si; quiero que tomes una parte activa en esta buena obra, y asi sabrás que no se ha embotado tu sentimiento.

JORGE. Bien sabeis, señor, con la fidelidad que os sirvo.

FERN. Eso te grangea mi estimacion. Cuando vuelvas de la alqueria infórmate bien del retiro de mi primo Eugenio, que le ha dado la mania de cavar su tumba entre groseras cabañas. Desde su ruina en Paris, no he vuelto á saber de él. A las tres marchamos á Paris: entrareis en el paseo el alazan y tú: apuesto mil luises, los gano: á las siete, á saborear los vinos de España: despues la banca de oro, donde hago quebrar las pingües fortunas de mis amigos: mas tarde me aburro en la Grande ópera: son las doce, y me vuelvo á encontrar rodeado de

mis traviesas jugadoras, que escuchan mis mentiras de amor entre el mágico y metálico ruido de una lluvia de luises! Jugar!... beber!... dormir, cuando se pueda, y poco tiempo. La vida no es mas que un sueño, como dijo un poeta español, y yo quiero que el mio sea lo mas dorado posible. En el panorama de mi vida, su celaje siempre es halagüeño y riente. Tal es mi ley; despues de mis placeres, mi caballo y tú...—No sé si aun te quiero mas que á mi caballo!

JORGE. Gracias!

FERN. Sois dos animales de excelentes cualidades.

JORGE. Por lo que respecta al caballo, convengo en ese cariño de que hablais, señor; pero por lo que respecta á mí, lo veo por el otro lado de la medalla.

FERN. Cómo dices?

JORGE. Me explicaré. Siempre apostais en las carreras mas atrevidas y expuestas por vuestro caballo y postillon: si me rompo una pierna en el salto de una valla, yo soy el que pierdo; y si yo gano, vos cobrais. Si en el juego perdeis, vuestro látigo se encarga conmigo de la revancha y por consiguiente yo soy el que pierdo. Si ganais, vais á visitar á vuestra Terpsícore, mientras yo quedo á la puerta puesto al frio, y á disposicion de cualquiera pulmonia que pase á deshoras por muy cerca de mí, por lo cual, entonces, yo soy el que pierdo. Si vuestro ídolo se ha materializado con algun desden, vos entonces me arrojais...

FERN. Yo te arrojo un luis de oro, para que no murmures del que todos elogian. (*Haciéndolo.*)

JORGE. Un Luis!...

FERN. Es la moneda mas pequeña que uso; es un guarismo mas cómodo, y sobre todo mas breve.

JORGE. Recojo la moneda. (*Lo hace.*)

FERN. Ese es tu precio de criado descontentadizo: asi me places.

JORGE. (Tiene algunas cosas buenas este hombre!) (*Guardando la moneda.*)

MUSICA.

DUO.

FERN. Esta es vida, voto al diablo!
Esto es gozar y vivir!
Rico, opíparo banquete
es el mundo para mí.
Dáme en placeres y orgias
los despojos mil á mil;
juego y caza, amor y oro
en espléndido botin.
Y lágrimas y dolores,
con su tétrico plañir,
de mi loca risa al grito
se atropellan por huir.
Halagüeñas esperanzas,
dulces brisas del abril,
llegad en tropel riendo
para hacerme muy feliz.
Llegad! venid!
Juego y caza, amor y oro!
Esto es gozar y vivir!

JORGE. Esto es muerte, voto al diablo!
Esto es penar y sufrir!
un cáustico de cantáridas
es el mundo para mí.
Dáme un cuadrúpedo amigo,
los depojos mil á mil;
peligro, trabajo y polvo
desde su cola á la crin.
Y las risas y placeres
que ruedan en el festin,
son bullitas que me trago
por haber nacido asi.
Halagüeñas esperanzas,
santo jugo de la vid,
remojad mi triste vida
para hacerme muy feliz.
Llegad! venid!
Peligro, trabajo y polvo;
esto es penar y morir!

A DUO.

FERN. Esto es hecho, Jorge mio;
es el mundo encantador.
JORGE. Pues encantémonos juntos
el criado y el señor.
FERN. Aquí de una bella ya obtengo favores,
y allá con sus goces me aduerme el festin,
trinado de copas que vierten licores
cristales rompiendo con raro tintin.
Esto es vida, voto al diablo!
esto es gozar y vivir!
Rico, opíparo banquete
es el mundo para mí
JORGE. Aquí de un marido la furia me hallo,
y allí alguna zurra me dá un alguacil,
y allá pega un bote y me tira un caballo,
y encima mi amo me rienga de un tris.
Esto es muerte, voto al diablo!
Esto es penar y sufrir.
Un cáustico de cantáridas
es el mundo para mí.

RECITADO.

FERN. Jorge, la enmienda será la justa compensacion de mi alborotada vida. No mas juego! Tengo un ejemplo muy palpitante con mi primo Eugenio, y quiero aprender en él la conservacion de mi fortuna. Te sonries? Dudas que pueda regenerarse mi ser, y abandonar para siempre la marcha de mi vida anterior?
JORGE. Señor!..
FERN. Y mi accion generosa del otro dia?
JORGE. Oh! aquella si que... Vaya!
FERN. Eh?
JORGE. Nada: que voy en busca de Alí, Por Dios que una buena accion no se paga con un luis de oro.
FERN. Marcha hasta Croasí, y tráeme las noticias que necesito.
JORGE. Eso si! Aunque supiera quedar en el camino.

FERN. Marcha. (*Jorge se vá.*) No todo es farsa en la vida, y lo que es esta vez, siento el gérmen del bien que hace palpitar mi corazon.

ESCENA V.

FERNANDO, MAD. VOLMAR *y* PEDRO, *Pedro indica á Mad. Volmar la visita que aguarda, y en seguida se marcha.*

MAD. Podré saber, caballero, el motivo?..

FERN. Amada prima mia!..

MAD. Fernando!...

FERN. Teneis una servidumbre poco entendida en materias de etiqueta.

MAD. No os entiendo... y me retiro; no me permito el escucharos; marchad, si gustais.

FERN. Muy poco os habla, carísima prima, nuestro parentesco en favor mio, cuando de ese modo me privais del placer de veros.

MAD. Fernando!..

FERN. Sois muy poco generosa en este momento conmigo, cuando hasta vos me guia el mas vivo inrerés.

MAD. Explicaos.

FERN. No he tenido la dicha de ser contestado á un billete que mi amistad os ha remitido desde París para vos y Eugenio; y por cierto que me ha extrañado mas esa conducta, cuanto en mi carta no me ocupaba mas que de adquirir las mas lisonjeras noticias del estado feliz que disfrutaran. La sociedad brillante de Paris tomaba cartas en esta justa ansiedad, y por fin dispongo el venir á saludaros, adelantándome á las señoras de Bermon y de Berbille, que vienen tambien á visitaros. En pago de este interés, me arrojais de vuestra casa... y yo... os lo perdono, hermosa prima.

MAD. Y pensais que jamás recibiré á esas mujeres, causadoras de las desgracias de mi familia, ó es que no quereis aun abandonar á vuestra víctima?

FERN. Teneis el ligero defecto de exagerar las cosas. Siempre pintais con los colores mas sombrios! Habeis dicho vuestra víctima!... Las señoras de Bermon y Berbille, ni menos yo, tenemos culpa en la desgracia de Eugenio. Llegó á Paris, quiso brillar, el juego le fué con-

trario; su mujer, á quien no conozco, dió en la caprichosa mania de disgustarle esta conducta, y por último dió en la locura de tener celos de las Bermon y Berbille. Yo por mi parte, era mero expectador de esta comedia: yo, que habia proporcionado á Eugenio las mejores relaciones y los medios mejores para que se hiciese notar como hombre de moda: yo, que era mártir de la amistad, si que era calumniado por los celos de una loca.

MAD. Esa locura es la muerte! Esa mujer á quien no conociais, es el ángel que habeis sacrificado. Ella... si, ella ha muerto de un modo violento, y mi pobre hermano está loco!... Ved vuestra obra! Ponedle ahora vos al cuadro los colores mas risueños.

FERN. Dios mio! Yo he podido ser frívolo, disipador, tal vez injusto....| pero nunca un malvado. Prima, llevadme á ver á Eugenio; necesito sincerarme y rehabilitarme á mis propios ojos.

MAD. Oh!... gracias!...

FERN. Si, prima; necesito salvarle, aun á costa de mi vida.

ESCENA VI.

Los MISMOS, PEDRO.

PEDRO. Señora!.,. retiraos!...

MAD. Pedro!...

PEDRO. Vuestro hermano ha violentado la puerta de su habitacion: en vano quise detenerle... por primera vez... su mano!...

MAD. Oh!

PEDRO. Yo le perdono!

FERN. Yo le hablaré... puede que mi voz...

MAD. No; seria imprudente el recuerdo por vos de otros tiempos...

PEDRO. Retiraos, señor.

FERN. Obedezco, buen anciano. (Quiero presenciarlo todo.) (*Fernando se despide con un saludo de Mad. Volmar: esta entra en el pabellon. Fernando se retira por su izquierda arriba, y Pedro se coloca cerca de la cabaña, observando. Música hasta la salida de Eugenio, que se presenta en el mayor desórden, con una carta en la mano y un re-*

trato pendiente del cuello son una cinta negra.)

ESCENA VII.

EUGENIO, PEDRO, *despues* FERNANDO.

EUGENIO. Qué mé quieren á mí? Qué buscan esos jugadores que han perturbado mi sueño? No me han robado mi fortuna, mi felicidad? Por qué gritaban entonces en este sitio? Infames! han huido! se han escondido para arrebatarme de las manos esta página de sangre, esta carta de mi Clarisa. Pues bien, tendreis que oirla... Escuchadla, verdugos! «Ya que he perdido tu amor, Eugenio: ya que tambien he perdido al hijo de mis entrañas y todo cuanto rodeaba mi existencia, la desesperacion me presta el valor que necesito para darme la muerte. Muero por mi mano... la tuya, descarnada por el vicio, ha arrancado de mi alma sus mas bellas ilusiones... Nada me resta en esta tierra de maldicion!... todo lo he perdido! Un nombre supuesto y las aguas del Sena ocultarán mi muerte y tu crimen. La última letra de la que tanto te amaba, que te perdona en esta solemne despedida.»—Asesinos! ya estais pagados! Esa letra de cambio la ha satisfecho con su vida! Llegad en torno mio... Quereis oro?... Nada poseo!... no tengo amigos! no tengo esposa! no tengo hijo!.... solo tengo un tesoro!... cobraos de él... son las lágrimas que me habeis dejado... llanto de fuego, que al brotar quemando, seca y empaña (*Sollozando.*) el barniz de mis pupilas..... gotas de sangre que salpica el cáliz de mi amargura... Venid... cercadme todos... Já, já, já... cuánto me divertis... si, si; os veo ébrios de placer... risas infernales pasan fugitivas y hacen fruncir vuestros labios mentirosos... Quieta esa mano!! No toqueis esa barra de oro!..... Atrás, asesinos!.... esas monedas que cambiais... es la fortuna de mi hijo..... No me escuchais? es la sangre de vuestras víctimas!... Leed al reverso de esos naipes la condicion del fruto que explotais... Leed!... leed!... naipes son estos donde escribe el crímen; en ellos se lee: Robo! suicidio! ruina! maldicion! Vuestro es el triunfo. Bebed! reid! Lo veis? já, ja!! Yo tambien soy feliz, porque... Ay! venid á jugar sobre

su tumba!... (*Eugenio queda apoyado sobre la urna, y desde este momento empieza la orquesta un preludio, que aumenta hasta el final del parlamento de Eugenio.*) Clarisa mia! Arturo! Venid, que os espero! Esas ondas cristalinas me devolverán á mi Clarisa... Entonces..... entonces el mármol de esa tumba abrasará mi mano, y.... Dios mio!! quema esta piedra, y.... Silencio!..... «Olvido tu crimen y te perdono.»—Es el alma de mi Clarisa, que se eleva hasta el trono del Señor; y yo he manchado su pureza!... No! no me acuseis! mi crimen fueron ellos! ella está alli y me perdona... Lo veis? Sale de las aguas!... Dejadme, asesinos!!... (*Cesa la música. Eugenio corre hácia el rio como para abrazar á Clarisa, en cuya actitud le coge Pedro por detrás, luchando con él hasta sujetarle. Pausa.*)

PEDRO. Señor, recobraos!

EUGENIO. Pedro!... ahora estoy tranquilo... mi delirio no ha sido hoy tan cruel como otros dias... no es cierto?—Escucha, mi buen Pedro; quiero aprovechar estos momentos para hacerte una súplica.

PEDRO. Mandadme, señor.

EUGENIO. Hace pocos momentos, cuando me empezó el delirio, te dí un golpe!...

PEDRO. No.

EUGENIO. Y ese golpe se ha repetido en el fondo de mi alma!... la memoria del corazon, es mas duradera que la de los sentidos! Si, mi buen Pedro; cuando la fiebre se apodere de mí... no tengas compasion, enciérrame, yo te lo suplico!

PEDRO. Ah señor!...

EUGENIO. Ata mis manos, y sobre todo, aléjame de mi hermana, pues tú sabes cuánto la amo!

FERN. (Pobre Eugenio!) (*De repente Eugenio rechaza á Pedro con ímpetu, y dice con un grito.*)

EUGENIO. Tú!

PEDRO. Señor!...

EUGENIO. No, tú, no; (*Calmándose de repente.*) tú no eres... Fernando sí... pero entonces me engañaba, y ahora no me engañaria.

FERN. (Quiero prestarle algun consuelo.)

EUGENIO. Escucha... guárdate (*Fernando se va aproximando: Pedro le indica que no se acerque.*) de él... Tú que tienes

hijos, y esposa; y fortuna, y virtudes... Ciérrale las puertas de tu casa... Yo era su amigo... y el soplo de su amistad es el helado soplo de la muerte. Yo ahora soy feliz, porque tengo un tesoro que ellos ignoran... Escucha, Pedro; ese Fernando es un malvado, pero yo me he vengado de su traicion y perfidia. El otro dia estuvimos cavando en un sepulcro de Clarisa, y ya nuestras manos brotaban sangre!... de repente la cara de Fernando se ilumina con un relámpago de alegria, porque tenia en sus manos un tesoro... eran billetes de banco, divididos en lotes, con sus letreros, y en el uno decia: «Fortuna, orgullo!...» en el otro: «ambicion, juego, ganancias, oro; infamia, deshonra!...» La sangre que ya brotaba de nuestras manos, formaba un lago al fondo del abismo, y en aquella rojiza y humeante laguna, se leia en una limpia vitela: «honradez, probidad...» Oh! este tesoro estaba muy escondido, y era preciso bañarse en sangre para poseerlo... pero yo le guardo, y ellos los tontos, se llevaron los primeros lotes... y yo el tesoro!... y ellos mi fortuna y mi hijo... necios!... os he ganado!... los he vencido! mi triunfo es mayor que el vuestro!

FERN. Perdon, Dios!

EUGENIO. No llores, Pedro... Qué frio! Tengo helada esta mano.. (*Retirando la en que llora Fernando.*) me hacen mucho mal!...

FERN. Dios mio! yo soy el cruel!

EUGENIO. Tú no; sino ese Eugenio, que tanto debe... y... Oh! esta idea!... Por qué debe? Por qué no paga? Yo quiero ayudarte en tu labranza. Vamos en busca de los labradores... Trabajaré!... Pagaré!... (*Haciendo como que cava la tierra*) Yo pagaré!... si, pagaré!

PEDRO. Vamos, señor: todos le aman á usted, y ya le estan aguardando.

EUGENIO Todos le aman... todos (*Repitiendo maquinalmente.*) le aguardan... al señor... todos le aman...

PEDRO. Venid á presidir los juegos y el baile de los aldeanos. Venid, señor, para colmarlos de alegria. Todos aguardan vuestra presencia, y alli tomareis parte en sus juegos...

EUGENIO. Juego!... (*Murmurando.*)

PEDRO. Jugaremos con ellos, señor.

EUGENIO. A jugar... si... á jugar... Vamos á jugar... siempre!... á jugar!... y... Te per... do... no!... (*Dice las últimas palabras en el mayor abatimiento, cayendo desmayado en los brazos de Pedro, que le saca de la escena.*)

ESCENA VIII.

FERNANDO *solo*: *despues el* CORO.

FERN. Qué situacion, Dios mio! y qué leccion para mí tan terrible! Yo me aborreceria á mí propio, si no tuviera en el corazon algunos recuerdos que me consuelan.

MUSICA.

Sal, veneno abrasador,
que yo apuré gota á gota;
que en mi corazon ya brota
con dulce llanto el dolor.
Gocé del mundo, y mentí,
perdido en su torpe maña,
y aqui en la escondida entraña
ni un bienestar conseguí.
Hoy que me siento abrasar
de un mas noble sentimiento,
borra tú, mi pensamiento,
lo que llegaste á gozar.
Que fue mi vida ilusion
que mi edad robó sin calma.
Hoy siento llorar mi alma;
hoy ya tengo corazon.
Por qué malvado
fuera? Ay de mí!
Por qué mis ojos
lloran asi?
Es mi delito,
es mi perdon;
es el rocio
del corazon.
Si. (*Se oye dentro el coro.*)

CORO. A la fiesta de la aldea,

á la fiesta del abril,
pastores y zagalas,
venid, venid, venid!

FERN. Por qué malvado
fuera? Ay de mí!
Por qué mis ojos
lloran asi?
Es mi delito,
es mi perdon;
es el rocio
del corazon.
Si.

(Sale el coro con panderos y tamboriles atravesando el monte.)

CORO. Pastores y zagalas,
venid, venid, venid!

FERN. Mentidas ilusiones,
huid de mí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ALDEANOS *y* ALDEANAS, *despues* MATILDE *y* CLARISA. *Interin los coros cantan, baile de aldeanos y aldeanas que no se retiran de la escena, hasta que desaparecen los coros.*

MUSICA.

CORO.

Descienda entre arreboles
de luz torrente viva,
y lleve á las cabañas
salud, paz y alegria.
El sol ya de la tarde
recoge sus caricias
en besos regalados
con que las flores brindan.
De su tostada frente
la llama que ilumina
desata en ondas de oro
su cabellera rica.
Las plateadas aguas
que su calor entibia,
por despedirle llevan

sus besos á la orilla.
Viva la zagala,
viva nuestro amor,
viva de la aldea
el amo y señor.

(*En este momento se presenta Clarisa por el monte, acompañada de Matilde, que la viene demostrando el camino. Todos se vuelven á mirarla.*)

Mirad la forastera;
bendígala el señor!
al aire los sombreros,
que es bella como un sol.

CLARISA. Gracias os doy, aldeanos,
con todo el corazon.

COROS. Bendiga Dios la estrella,
de nuestro campo flor.

CLARISA. Salud á tí, morada, que tranquila
vives risueña entre pintadas flores;
pobres cabañas, guardadas por pastores,
que entre la yerba las dibuja el sol.
A tí, rico palacio de hermosura,
salud mi corazon triste te envia...
Mas, ay! que el llanto de la pena mia
nunca entre sombras empañe su arrebol.
Borden los campos guirnaldas de colores,
labren las aguas su espumante rizo;
hechura fué de Dios, sublime hechizo,
de la tierra y del mundo rico don.
La paz que tú me ofreces, yo la acepto,
bálsamo puro que mi ser desea:
mi templo serás tú, modesta aldea,
mi altar el cielo, y el llanto mi oracion.
Perdido todo un dia,
riqueza, amor placer;
mató la suerte impia
mis dichas al nacer.
Imágenes risueñas,
ensueños del ayer,
volved para que viva,
volved, ay! si, volved.
Tú eres mi vida,
tú eres mi ser,

tú eres mi todo,
mi único bien.
Ven, que te adoro
si, pronto ven!...
Mas, ay! perdílo todo,
riqueza, amor, placer...
mató la suerte impia.
mis dichas al nacer.

CORO. Perdido todo un dia,
riqueza, amor, placer,
mató la suerte impia
sus dichas al nacer.

CLARISA. Adios, prendas queridas.

COROS. Perdió amor y placer.

CLARISA. Dejad aqui llorando
su pena á una mujer.

ESCENA II.

DICHOS *y* MAD. VOLMAR.

DECLAMADO.

MAD. Es un sueño!.. Mi Clarisa!.. (*Se abrazan llorando*)

CLARISA. Hermana mia!.. (*Pausa.*)

MAD. Dejadnos, labradores: las lágrimas que nos circundan no deben interrumpir vuestra inocente alegria. Fuera de este parque os podeis divertir: asi el cielo os colme de ventura.

MUSICA.

CORO. Perdido todo un dia,
riqueza, amor, placer,
mató la suerte impia
sus dichas al nacer.

ESCENA III.

CLARISA, MAD. VOLMAR *y* MATILDE.

DECLAMADO.

MAD. En fin el cielo te devuelve á mis lágrimas, amada Clarisa. Qué prodigio ha podido salvarte de las aguas del Sena?

CLARISA. Un hombre generoso y el cuidado de esta compasiva mujer. Un asilo escondido, y un largo delirio han encubierto mi retorno á la vida... pero esta vida, ay! es un beneficio mas cruel que la muerte!

MATILDE. Vaya! Siempre llorando! Animo! En su edad, con buenos parientes, buenas amigas y un buen esposo... Qué diablos! No es verdad? Cierto, señora? Yo apuesto á que el marido de su merced, á pesar de todo, es muy hombre de bien; y en viéndola asi... Vamos, que aun tendria algun recurso, y sobre todo un buen corazon, no es verdad? Cierto, señora? Vaya, adónde está? Yo he venido aqui, á la propia casa de su hermana, con la esperanza de hallarle en ella, porque sé que es el único apoyo que le queda. No es verdad, señora, que está aqui?

MAD. Y quién mas que yo le hubiera recogido en su desgracia y en su abandono?

CLARISA. Cielos! fuera posible! Está aqui mi Eugenio? (*Haciendo ademan de irse.*)

MATILDE. Jesus! cuánto me alegro! Vamos, señorita, basta ya de enfado. Y á qué es hacerse la desdeñosa, si la alteracion del color, la turbacion, los ojos y todo está diciendo que ese corazoncito perdona? Con todo, esta señorita, tan finita y tan delicada, tiene una cabecita bien dura, y á pesar de mis ruegos no habia forma... Por fin la reduje á que viniese á ver...

CLARISA. A mi hermana.

MAD. Y tambien á su esposo. Él vendrá á este sitio á las dos en punto, y vendrá infaliblemente, porque jamás falta. Hermana, es fuerza prepararte para que te vea, y lo has de hacer tú misma: tu palidez, tu abatimiento serán apropósito.

MATILDE. Toma!... Pues si la hubierais visto en estos quince dias!... Vamos, que el corazon mas duro se hubiera enternecido. Figuraos que la traen á mi casa á mas de media noche, como una muerta, en brazos de un señor y de su mismo postillon... el cual señor se habia echado al rio para sacarla de él. Apenas me lo dijo, corro y le abrazo como una loca un millon de veces, porque.... vamos, una buena accion no hay con qué pagarla! Pues, como digo, este buen señor la pone en mi cama, me encarga su salud, y saca un bolsillo rebosando plata, como para pagarme los gastos que hiciera nuestra enferma; pero Matilde en estos lances no necesita mas que este... (*Señalando al corazon.*) y, gracias á Dios, estoy bien rica. A fuerza de remedios empezó á respirar al segundo dia. Yo la pregunté si tenia parientes, pero no la pude sacar una palabra. Ya se ve, la pobrecilla habia padecido tanto! Un sobrescrito fingido... un nombre falso... menos; ningun indicio de quién era... con que vedme hecha madre por fuerza, ó por mejor decir por inclinacion. En fin, ayer cobró el uso de la palabra despues de tanto tiempo. Entonces la obligué á que me contase sus desgracias, su verdadero nomzre... y me rogó por último que la trajese á Nantes á casa de su hermana, donde en este momento rebosan la alegria y el llanto por mis ojos!

MAD. Excelente mujer!... Pero, ese caballero?...

MATILDE. Jamás quiso decir su nombre; pero ha cuidado mucho de ella, como si fuera hermana suya. Todos los dias caminaba tres leguas por verla, y muchas veces no lo conseguia. Tambien ha hecho mil averiguaciones para saber quién era, pero el nombre supuesto... En fin, dinero, cuidado, atencion, idas y venidas... señora, todo. Ah! si aquel caballero pierde algun dia sus amigos, yo respondo de su buen corazon, como del de vuestro esposo.

MAD. Sí, amiga; él es muy digno de perdon y piedad: presto te convencerás de ello.

MATILDE. Si? Pues vamos á verle. Dónde está? Vaya, venid, venid, señora.

ESCENA IV.

DICHAS *y* PEDRO.

PEDRO. Señora, vuestro hermano viene ya. Yo iba á... (*Madama Volmar le hace señas de que calle.*) No tengais miedo, que no hace daño. Poco tiempo há que ha pasado el infeliz por el bosquecillo, y al verme ha empezado á gritar: «Pedro, Pedro! ves aquellos cipreses? Pues yo los he plantado.»—En aquel mismo punto, viendo de lejos á estas señoras, se empezó á sonreir; lo dejó todo, y viene hácia aqui...

MAD. Indiscreto! basta! calla!

MATILDE. (Qué secreto será este?)

MAD. Oh, Dios! vé alli á mi hermano!

CLARISA. Ay! ya le ví. Voy...

MAD. Detente, hermana. Cúbrete. Él suspira tu pérdida: sabe pues que el dolor lo enloqueció!

CLARISA. Qué escucho!

MAD. Dios mio!

CLARISA. Ah!

MAD. Hélo alli!

MUSICA.

CLARISA. Hélo alli: su frente pálida!...
Cómo se pinta en su rostro el dolor.
Hélo alli: ay suerte mísera!
Oh, justo cielo, prestadme valor!

MAD. Piedad, señor!

(*En este momento atraviesa Eugenio por el monte, pálido, desencajado: se detiene un momento; dibuja en su semblante una sonrisa convulsiva, y desaparece. Los aldeanos salen entonces, señalando al sitio por donde Eugenio marchó. Clarisa se arrodilla; fija su vista en el cielo, y cruza las manos. Mad. Volmar tiene su mano derecha rodeando el cuello de Clarisa, y ocupa una actitud suplicante. Matilde en segundo término, con el rostro oculto entre las manos. Los aldeanos miran asombrados.*)

CLARISA. Eterno Dios, que de tu excelsa altura

al mundo bañas con divina lumbre;
tú, que del globo la inmensa muchedumbre
riges potente en tu eternal mansion.
Si á los pies de tu trono el hijo mio
llevaste para tí con su inocencia,
oye á su madre, que ruega á tu clemencia
le devuelva á un esposo la razon.

MAD. Piedad, Señor!

CLALISA. Llegue mi rezo á tí sentido y puro:
oye, Dios mio, mi angustiada voz!
Oye, mi Dios!

MAD. Piedad, señor!

CLARISA. Ay! Tú, mi Dios,
mirarme aqui postrada suplicando,
llanto abundoso vertiendo el alma mia.
De la luz de tu luz la luz le envia,
rayo divino de inmenso resplandor.
Viva tranquilo y dichoso;
quede para mí el dolor.
Piedad, Señor!

MAD. Dios te escuchará, Clarisa:
no es en vano tu oracion.

CLARISA. Mi vida por su ventura:
viva feliz; muera yo.

CORO. Pobre Eugenio!

OTROS. Desgraciado!
Ha perdido la razon.

CLARISA y MAD. Piedad, Dios mio!

CORO. Infelice!

CLARISA. Viva feliz: muera yo.

TODOS. Piedad, Señor!

(El coro desaparece muy despacio del monte, y volviendo la cabeza atemorizados.)

DECLAMADO.

MAD. El cielo me inspira. Sigue, hermana, mis consejos, y espera. *(Mad. Volmar y Clarisa se ponen á un extremo del teatro; los demas al fondo. Eugenio sale con aparien-*

cias de tranquilidad: baja á la escena, ya buscando la carta de Clarisa, ya mirando al rio. De repente vé á Clarisa, y dice:)

ESCENA V.

DICHOS *y* EUGENIO.

EUGENIO. Allí está, como ayer, la cara sombra de mi esposa perdida. Oh! no hay duda que es ella. Cuán patente la miro!..... Mas, cielos!... no, no es ella, no! En vano mis tristes ojos has querido engañar, fingida sombra. Alli moriste, y solo alli (*Indicando el rio.*) te espero otra vez recobrar.

CLARISA. Oh triste! Cuál delira! A qué precio tan excesivo compra su perdon y mi amor!

ESCENA VI.

DICHOS, FERNANDO *y* JORGE.

MAD. Ah! Fernando!...

EUGENIO. Horror! qué escucho! Ese nombre me inflama, me abrasa en nuevo ardor. No es él!... si! padres, esposos!... huid!... huid de su furor! (*Corre furioso por la escena. Clarisa tiembla y quiere huir. Madama Volmar la contiene. Fernando y Jorge se retiran detrás de las mujeres. Eugenio, al oir la voz de Clarisa se sosiega, y vuelve hácia ella. Pausa.*

CLARISA. Cielos! favor!

EUGENIO. Sombra de mi Clarisa, que todos los dias te apareces en esta orilla, y pasas como un dulce sueño, detente hoy un solo instante para que yo me justifique. Tú me oirás, Clarisa, tú me oirás! Aquellos hombres pérfidos no saben mas que castigar... pero las mujeres padecen y perdonan.

CLARISA. Si, si, es verdad; padecen y perdonan!

EUGENIO. Loco me llamaban aquellos hombres, que debaten y se devoran en la espaciosa cárcel del mundo; mas en la mia, la buena fé, la desventura... la razon... Escucha y te diré mi crimen. Una noche me propusieron un viaje... un lance de fortuna... la felicidad de mi Clarisa!

Muy á lo lejos me hicieron ver un paisaje risueño... una senda matizada de rosas... minas de oro aqui y alli... Para llegar era preciso hacer treinta y una... leguas de camino. Aguarda... Treinta (*Gritando.*) y una! Este número está impreso con caractéres de fuego en mi frente! Empiezo á caminar en compañia de mis falsos amigos, y me entrego á ellos con seguridad y confianza... pero á muy poco tiempo, unos me acometen, otros me hacen pasar del término de mi viaje... me maltratan!... me roban!... (*Con despecho.*) Pierdo en fin á mi Clarisa! Vuelvo en mí, y me hallo sin hacienda, sin mi pobre hijo... y sin mi mujer!... Y bien, ellos me asesinaron, y ahora me acusan! Pero no importa: aun tengo en mi poder todos los verdaderos bienes... tus cartas... tu retrato...

CLARISA. (Dios mio! me amaba aun!)

EUGENIO. Todos los bienes!... Y Adolfo!... Adolfo está en el cielo al lado de Clarisa. (*Con sonrisa.*)

CLARISA. (Ah ! que mi sueño no es tan lisonjero como el suyo!)

EUGENIO. Silencio! Alli está! No le ves alli á nuestro adorado hijo? Mira cual se sonrie, y cual nos quiere unir con sus manitas cariñosas. Escucha lo que dice: «Madre mia, perdona á mi padre; perdónale, que fué engañado. Si tú supieras cuánto nos amaba! Si, madre mia, (*De rodillas.*) perdona á mi padre, que yo pido por vosotros desde el trono del Señor!

CLARISA. (Ah! no puedo mas! mi corazon me arrastra...) (*Va á descubrise y á abrazar á Eugenio, pero al primer paso suenan en un relój las dos. Eugenio manifiesta una viva agitacion. Mad. Volmar se lleva á Clarisa hasta el foro.—Pausa.*)

EUGENIO. Esta es la hora en que espero á mi Clarisa, y en la que el venturoso rio que la oculta me la devolverá! Mi alma va á encontrarla, á reunirse á... mi amorosa inquietud... mi agitacion, el aura, todo, todo me anuncia que hoy la volveré á ver.

MAD. De tí depende la dicha que deseas: tú puedes devolverle el placer á su alma. Pedro, volad; haced lo que os he dicho. Ven, hermana mia, y el cielo favorezca nuestro intento. (*Suben al montecillo Clarisa y Mad. Volmar. Esta quita á aquella el sombrero y velo, y la pone tras de la urna, inclinando el cuerpo hácia el rio, y sos-*

teniéndose con una mano de un sauce; el pelo tendido, los brazos abiertos, y la cabeza inclinada sobre el hombre. Eugenio, entre tanto, hace su plegaria en la parte opuesta. Pedro y Mad. Volmar se esconden detrás de la urna.)

EUGENIO. Justo Dios, que desde tu alto asiento, miras el llanto con que riego estas orillas, devuélmela, Señor.

MAD. Animo, Clarisa: que estas aguas representen tu figura, como el dia de tu arrojo.

EUGENIO. Oh, cielos! La miro!.. Clarisa! Es ella!.. está animada!.. Si... no hay duda!.. tiende sus bellas manos.. implora mi favor...

CLARISA. Eugenio!.. ven!.. Eugenio!

EUGENIO. Dios! es ella! Fascinacion! Tú eres?.. Qué espero!.. La vuelvo á recobrar!.. mi cara esposa! mi vida! mi Clarisa!.. Tu amor... mi hijo... yo... perdon!.. Dios mio! Ah! (*Cae desmayado.*)

MAD. Señor!.. devuélvele el reposo y la felicidad.

MUSICA.

ESCENA ULTIMA.

EUGENIO, CLARISA, MAD. VOLMAR, MATILDE, FERNANDO, PEDRO, JORGE, ALDEANOS *y* ALDEANAS. *Todos los que estan en escena se descubren y se arrodillan. Clarisa ocupa el centro: á su derecha Eugenio, desmayado, ayudado de Pedro y Matilde, que lloran á sus pies. Mad. Volmar, de pie, con un brazo sosteniendo la cabeza de Eugenio, y el otro señalando al cielo. Fernando, tambien de pie en un extremo del teatro, con la cabeza profundamente inclinada sobre el pecho. Todos los aldeanos y aldeanas, con ramos, en accion de orar. Se oye el canto de los pájaros, y un color rojizo que ilumina las puntas de las cabañas y las copas de los árboles, indica la puesta el sol.—Ninguno debe perder su actitud, hasta que termine la música.*

CLARISA. De tu carro de luz, rey de la gloria,
obra el milagro por mano de un querube,
cifra en tu trono en apretada nube
nuestra plegaria cual débil oracion.
Que allí á tu lado, Señor de tierra y cielo,
un hijo de tu reino y alegria,

rezará su inscripcion dia por dia,
pidiendo por su padre tu perdon.

COROS. Hoy nuestro rezo
llegue hasta tí.

CLARISA. Oh Dios! perdona
á este infeliz.

COROS. Hoy nuestro rezo
llegue hasta tí.

CLARISA. Por él mi vida!

FERN. Cielos! yo fuí!..

JORGE. Qué desgraciado!

COROS. Señor, oid!

CLARISA. Si ahora le pierdo,
quiero morir.

TODOS. Hoy nuestro rezo
llegue hasta tí.
Gran Dios, perdona
á este infeliz.

DECLAMADO.

CLARISA. Oh Dios mio! Si ahora le pierdo... Eugenio?

PEDRO. Sosegaos... Nada oye en este estado.

MAD. Palpita fuertemente su corazon.

EUGENIO. Dónde? Quién... acaso... Bella ilusion!... tú... Ah! no se desvanece... la toco!... Ella! Dios mio!

MAD. Si, es ella!

CLARISA. Eugenio!

EUGENIO. Clarisa mia!! Dios justo, si no es realidad, prolonga mi delirio!

FERN. Tu esposa!... Ah! tambien yo tengo que darle gracias á Dios!

EUGENIO. Tú, Fernando!... Tus armas!

FERN. Nunca!

CLARISA. Él es mi libertador!

JORGE. Siempre se coge lo que se siembra.

EUGENIO. Tu libertador?... Pero estoy arruinado!... Mis deudas...

FERN. Ve aqui la deuda de la amistad (*Rasgando unos papeles.*) Me perdonas?

EUGENIO. Oh! siempre! (*Se abrazan.*)

CLARISA. El cielo ha querido que el autor de nuestras desgracias

lo sea tambien de nuestras felicidades. Gracias, Dios mio!

MUSICA.

CLARISA.

Tras tanto luto y dolor
hoy renace mi alegria,
pues que siente el alma mia
un consuelo bienhechor.
Por él mi llanto vertí,
sufriendo penoso duelo;
hoy Dios me otorga el consuelo
de que le recobre aqui.
Ilumina su razon,
rayo de la luz divina,
que aqui su fuego germina
en mi amante corazon.

CORO.

Tras tanto llanto y dolor
hoy renace su alegria,
que el cielo á su mal le envia
un consuelo bienhechor.

FIN DEL DRAMA.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
Al cabo de los años mil...
Alarcon.
A caza de herencias.
A caza de cuervos.
Amante, rival y paje.
Amor, poder y pelucas.
Al llegar á Madrid.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*

Con razon y sin razon.
Canizares y Guevara.
Cómo se rompen palabras.
Cosas suyas.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Cada cual ama á su modo.
Cocinero y Capitan.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Calamidades.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dos sobrinos contra un tio.

El anillo del Rey.
El amor y la moda.
El chal de cachemira.
El caballero Feudal.
El cadete.
Espinas de una flor.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
Entre bobos anda el juego.
El escondido y la tapada.
En mangas de camisa.
¡Está loca!
El rigor de las desdichas, ó Don Hermógenes.
Esperanza.
El Gran Duque.
El Héroe de Bailen, *Loa y Corona Poética.*
¡En crisis!!!
El Licenciado Vidriera.
Echarse en brazos de Dios.
El Suplicio de Tántalo.
El Justicia de Aragon.
El Veinticuatro de Febrero.
El Caballero del milagro.
El que no cae... resbala.
El Monarca y el Judio.
El bollo y la vinda.
El beso de Judas.
El rico y el pobre.
El Niño perdido.

Faltas juveniles.
Flor de un dia.
Furor parlamentario.

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Historia China.
Hija y madre.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.

Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Juana de Arco.
Judit.
Jaime el Barbudo.
Jorge el artesano.
Juana de Nápoles.

La escuela de los amigos.
Los Amantes de Ternel.
Los Amantes de Chinchon.
Los Amores de la niña.
Las Apariencias.
La Banda de la Condesa.
La Baltasara.
La Creacion y el Diluvio.
La Esposa de Sancho el Bravo.
Las Flores de Don Juan.
La Gloria del arte.
Las Guerras civiles.
La Gitanilla de Madrid.
La escala del poder.
La Hiel en copa de oro.
La Herencia de un poeta.
Lecciones de Amor.
Lorenzo me llamo y Carbonero Toledo.
Lo mejor de los dados...
Llueven hijos.
Los dos sargentos españoles, ó la linda vivandera.
La Madre de San Fernando.
La verdad en el Espejo.
La boda de Quevedo.
La Rica-hembra.
Las dos Reinas.
La Providencia.
Las Prohibiciones.
La Campana vengadora.
La libertad de Florencia.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La voz de las Provincias.
La Archiduquesita.
La Crisis.
Los extremos.
La hija del rey René.
La bondad sin la experiencia.
Locura de amor.
La escuela de los perdidos.
La córte del Rey poeta.

Mal de ojo.
Mi mamá.
Misterios de Palacio.
Martin Zurbano,

Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
No es la Reina!!!

Oráculos de Talia.

Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Pescar á rio revuelto.
Por la puerta del jardin.

Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
Su imágen.
Simpatia y antipatia.
Sueños de amor y ambicion.

3 0112 117491842

Tales padres, tales hijos.
Trabajar por cuenta ajena.
Traidor, inconfeso y mártir.

Un Amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Una conversion en tres minutos.
Un dómine como hay pocos.
Una llave y un sombrero.
Una leccion de córte.
Una mujer misteriosa.
Una mentira inocente.
Una noche en blanco.
Un paje y un Caballero.
Una falta.
Ultima noche de Camoens.
Una historia del dia.
Un pollito en calzas prietas.
Un sí y un no.
Un huesped del otro mundo.
Una broma de Quevedo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética
Una lágrima y un beso.

Virginia.
Verdades amargas.
Vivir y morir amando.
Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda

ZARZUELAS.

El ensayo de una ópera.
Mateo y Matea.
El sueño de una noche de verano.
El Secreto de la Reina.
Escenas en Chamberí.
A última hora.
Al amanecer.
Un sombrero de paja.
La Espada de Bernardo.
El Valle de Andorra.
El Dominó Azul.
La Cotorra.
Jugar con fuego.
La cola del diablo.
Amor y misterio.
El calesero y la maja.
El delirio.
El estreno de un artista.
El Marqués de Caravaca.
El Grumete.
La litera del Oidor.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La Estrella de Madrid (*Su música.*)
Tres para una.
La Cisterna encantada.
Carlos Broschi.
Galanteos en Venecia.
Un dia de reinado.
Pablito. (Segunda parte de Don Simon.)
Los dos Flamantes.
La Caceria real.
El Hijo de familia, ó el lancero voluntario.
Los jardines del Buen Retiro.
El trompeta del Archiduque.
Moreto.
Loco de amor y en la corte.
Los diamantes de la Corona.
Catalina.
La noche de ánimas.
Claveyina la Gitana.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita.
Mis dos mugeres.
Cuarzo, pirita y alcohol.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.